

## **Protesta obrera y militancia de izquierda durante la presidencia de Isabel Perón (1974–1976)**

### **Workers protest and militancy of left during the presidency of Isabel Perón (1974–1976)**

**Resumen:** Los diferentes gobiernos peronistas de la década de 1970 se caracterizaron, por un lado, por el alto nivel de movilización social abierto tras el Cordobazo en 1969 y, por el otro, por la aplicación de distintos instrumentos para encauzar este proceso. En ese escenario, el fallecimiento de Juan Domingo Perón, en julio de 1974, abrió una nueva situación política en el país. A partir de esa fecha, se terminó de resquebrajar un relativo pacto de gobernabilidad.

La presente ponencia analiza tanto las prácticas de la dirigencia sindical como las políticas gubernamentales aplicadas contra el movimiento obrero con el fin de disciplinarlo durante la gestión presidencial de María E. Martínez de Perón (1974 — 1976).

En esta aproximación se hace énfasis en el estudio de las conflictivas relaciones que se establecieron entre los trabajadores de base, las distintas corrientes de izquierda que actuaron en el movimiento obrero y los jerarcas sindicales en una coyuntura signada por el incremento de la represión por parte de dicho gobierno justicialista.

**Palabras claves:** Peronismo; Organizaciones de Izquierda; Movimiento Obrero; Argentina.

**Abstract:** The different Peronist governments of the 1970s were characterized, on the one hand, by the high level of social mobilization opened after the Cordobazo in 1969 and, on the other, by the application of different instruments to channel this process. In that scenario, the death of Juan Domingo Perón, in July 1974, opened a new political situation in the country. As of that date, a relative governance pact was cracked.

This paper analyzes both the practices of the trade union leadership and the governmental policies applied against the labor movement in order to discipline it during the presidential management of Maria E. Martínez of Perón (1974–1976).

In this approximation emphasis is done in the study of the troubled relations that were established between the workers of base, the different currents of left side that acted in the labor movement and the union leaders in a conjuncture sealed by the increase of the repression on the part of the above mentioned government justicialista.

**Keywords:** Peronism; Organizations of the Left; Labor Movement; Argentina.

---

<sup>1</sup> Argentina. Doctor en Historia. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Email: aschneider98@yahoo.com.ar.

En el transcurso de 1969 a 1976 el país estuvo cruzado por una intensa actividad política, con un elevado nivel de protesta social y con un notable crecimiento de diferentes organismos sindicales que sostuvieron posturas ideológicas clasistas y de izquierda en los lugares de trabajo.

El período comenzó, a grandes rasgos, con una oleada de medidas de fuerza de obreros y estudiantes en contra de la política socioeconómica y autoritaria de la dictadura del general Juan Carlos Onganía. Las movilizaciones de 1969 abrieron un significativo momento de conflicto social que atravesó al país en su conjunto. El regreso del peronismo al poder en 1973, lejos de cerrar este convulsionado escenario, inauguró nuevos problemas que terminaron de intensificar de las protestas antes mencionadas.

En este sentido, las presidencias justicialistas del período se caracterizaron, por un lado, por el alto nivel de movilización social y, por el otro, por la aplicación de distintos instrumentos legales e ilegales para terminar con ese destacado nivel de confrontación. En ese escenario, el fallecimiento de Juan Domingo Perón, en julio de 1974, abrió una nueva situación política en el país. A partir de esa fecha, se terminó de resquebrajar un relativo pacto de gobernabilidad.

La presente ponencia analiza algunas características que presentó el accionar del movimiento obrero y de las organizaciones de izquierda durante la gestión de su sucesora la presidenta María E. Martínez de Perón (1974–1976), conocida popularmente con el nombre de Isabel.

En esta aproximación se hace especial énfasis en el estudio de las conflictivas relaciones que se establecieron entre los trabajadores de base, las distintas corrientes de izquierda –sobre todo, el Partido Comunista (PC)— que actuaron en el movimiento obrero y los jerarcas sindicales en una coyuntura signada por un alto nivel de inestabilidad política en el gobierno justicialista.

## **El fortalecimiento de la ortodoxia peronista bajo la presidencia de Isabel**

Con el fallecimiento de Perón, se abrió un nuevo escenario. A partir de esa fecha se terminó de resquebrajar el Pacto Social; aunque se hallaba fuertemente cuestionado por las protestas obreras desarrolladas en vida del general, el mismo entró en crisis tras la muerte de su ideólogo.<sup>2</sup> Más aún, el deceso del anciano caudillo dejó al desnudo que los acuerdos establecidos estaban artificialmente unidos por la voluntad del extinto líder. Corresponde subrayar que la inestabilidad del período no sólo debe buscarse en la debilidad de la clase dominante o en los conflictos internos

<sup>2</sup> El Pacto Social fue un acuerdo firmado en junio de 1973 entre la Confederación General de los Trabajadores (CGT) con la principal central empresarial y el gobierno con el fin de establecer una serie de pautas políticas, económicas y sociales que permitan tanto generar gobernabilidad como encauzar las protestas sociales.

del peronismo sino que, sobre todo, debe indagarse en la potencialidad de la clase obrera y en el crecimiento de diversas corrientes de izquierda que disputaban la hegemonía del peronismo.

El primer anticipo del reacomodo del tablero político se evidenció en el congreso de la central obrera en julio de 1974. La elección de la cúpula directiva fue un tema de amplia repercusión en todo el ámbito nacional. Durante las presidencias peronistas los jerarcas gremiales venían cumpliendo una doble función. Por un lado, jugaban su tradicional papel corporativo como representantes del movimiento obrero; por el otro, desempeñaban un lugar central en el armado institucional del gobierno sosteniendo uno de los pilares básicos del Pacto Social. De ese modo, producto de la conflictividad social, se fue desplegando un permanente corto circuito en el accionar de estas dos lógicas de comportamiento. De esta manera la dirigencia se hallaba tironeada entre las protestas de los trabajadores, que pujaban por un aumento en la distribución del ingreso, frente al papel de ser garantes del disciplinamiento que le exigía su compromiso con el proyecto político de Perón.

En ese marco, tras una serie de disputas internas, emergió una nueva cúpula laboral que si bien tenía ciertas disidencias en su seno, en su conjunto terminó de alinearse con el gobierno de Isabel. En forma paralela, por su parte, la primera mandataria buscó acentuar su figura dentro del gabinete presidencial a partir de una serie de acuerdos con la citada dirigencia gremial y la derecha política del justicialismo encabezada por el ministro de Bienestar Social José López Rega. En ese sentido, el objetivo central fue desplazar a los hombres afines a la Tendencia en todas las áreas de gobierno. De ese modo, los jerarcas gremiales se convirtieron en los guardianes del orden impulsado por Perón y su viuda, ya sea contra los sectores combativos del peronismo como contra el sindicalismo clasista y la izquierda.

El proyecto de “purificación” impulsado por la presidente también se dirigió a las administraciones provinciales con el fin de consolidar su poder en el armado del peronismo. En ese sentido Isabel continuó el proyecto, iniciado por Perón, de expulsar a todos aquellos gobernadores que eran sospechosos de avalar a sectores de la izquierda del peronismo con el fin de reemplazarlos por los grupos más ortodoxos. En todos los escenarios, la principal fuente de inspiración para actuar contra el mandatario provincial fue la de hacer cumplir el memorando impartido como “orden reservada” por Perón a los delegados del Movimiento Nacional Justicialista en todo el país durante la presidencia de Raúl Lastiri. Por medio de esta orden, el general advirtió que se emplearían todas las herramientas que están a su alcance para restablecer la gobernabilidad; así, por medio de un comunicado secreto enviado a los mandatarios provinciales se explicitó que “los peronistas impedirán *por todos los medios* que las fracciones vinculadas al marxismo tomen participación”, para eso se utilizarán *todos* los que se consideren *eficientes*, en cada lugar y oportunidad”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Rodolfo Terragno, *Los 400 días de Perón*, Buenos Aires, De la Flor, 1974.

A partir de ese momento comenzó un sistemático y permanente ataque contra delegados y activistas, peronistas y de izquierda. De este modo, fueron baleados, secuestrados y torturados por atacantes identificados con la Juventud Sindical Peronista (JSP), la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA), el Comando de Organización (CdO), la Concentración Nacional Universitaria (CNU), la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), entre otras fuerzas parapoliciales.<sup>4</sup>

### **Características de los conflictos obreros**

En un marco de agravamiento de la crisis económica y de un significativo aumento en el nivel de inflación, las principales demandas se dieron en torno al reclamo de mejoras en los salarios junto con la defensa de las fuentes de empleo, frente al incremento de las suspensiones y despidos. Cabe indicar que en numerosas ocasiones, las cesantías fueron autoritarias: en no pocas circunstancias se hicieron como castigo sobre delegados y activistas que habían impulsado previamente medidas de fuerza. Por otro lado, las quejas de los trabajadores se orientaron frente al incumplimiento en el pago de los sueldos y el no acatamiento empresarial a las disposiciones de la Ley de Contrato de Trabajo. Por último, varias protestas se originaron ante la intensa represión de empresarios, gobierno, dirigencia sindical y aparatos paraestatales contra el activismo obrero.

En cuanto a la solicitud de subas salariales corresponde observar que, en el marco de las limitaciones impuestas por el Pacto Social, las mismas se presentaron en forma indirecta con otras reivindicaciones que encubrían las demandas en torno al pedido de incremento en los haberes. De esta manera, se hicieron invocando la necesidad de mejorar las condiciones laborales, ya sea alrededor de cuestiones de salubridad o bien, requiriendo herramientas y ropas para el trabajo. En este sentido, los reclamos liderados, sobre todo por los organismos gremiales de base, buscaron quebrar el “chaleco legal” a través de estos enfrentamientos que, en última instancia, aspiraban a una mejor recomposición salarial. Sin embargo, esta situación de “encubrimiento” cambió bajo a fines de 1974 y comienzos de 1975 cuando empezaron a discutirse la posibilidad de abrir nuevas negociaciones paritarias; a partir de entonces, el pedido de incrementos en los haberes dejaron de plantearse en forma eufemística.

Durante el primer semestre del mandato presidencial de Isabel se produjeron numerosos enfrentamientos laborales por estas cuestiones; sin embargo, en términos absolutos, el número de conflictos fue disminuyendo comparado con lo sucedido en los anteriores gestiones peronistas iniciadas en 1973. Sin embargo, esta caída

---

<sup>4</sup> Alejandro Schneider, “Cuando se hizo tronar el escarmiento. La política laboral de Juan D. Perón para disciplinar el movimiento obrero” en Alejandro Schneider y Pablo Ghigliani (Comp.), *Sobre trabajadores y el mundo del trabajo en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2015.

no significa su total desaparición; en este sentido, de acuerdo con el relevamiento efectuado con la prensa de la época, se advierte que hubo un ritmo desigual en cuanto a los resultados obtenidos y en relación con la cantidad de medidas de fuerza desarrolladas en ese período.

A grandes rasgos se puede observar que el alza iniciada desde comienzos de los gobiernos peronistas tendió a atenuarse entre octubre y diciembre de 1974. La disminución se explica, en cierta forma, tanto por las derrotas que se expresaron en aquellos gremios que habían desempeñado un papel de vanguardia en las protestas (mecánicos de Córdoba, azucareros de Tucumán, gráficos, etc.) como por el notable aumento en el ámbito de la represión gubernamental y paramilitar. A eso se añade, la sanción de la Ley de Seguridad y el dictado del estado de sitio a fines de ese año. Pese a ello, en el marco brindado por la Ley de Contrato de Trabajo, por la cual se garantizaba una cierta estabilidad en el empleo, los obreros empezaron a canalizar parte del descontento a través del incremento del ausentismo laboral.

Cabe indicar que ese panorama comenzó a cambiar en los primeros meses de 1975. Los trabajadores reactivaron sus demandas con su tradicional repertorio de protesta. Así lo atestiguaron los enfrentamientos en Rigolleau, Molinos, etc. Este reanimamiento cobró un claro impulso cuando comenzaron a discutirse abiertamente los montos salariales para las futuras negociaciones paritarias. En esta última coyuntura, las protestas se potenciaron al elegirse a los delegados paritarios por medio de asambleas en las empresas, lo que implicó también una significativa renovación de los cuerpos de representantes gremiales.

Algunas de las protestas analizadas estuvieron motorizadas por organismos de base en los establecimientos reemplazando en la práctica a delegados y comisiones internas que adoptaron una actitud de no confrontación por su cercanía a los empresarios y/o a los dirigentes del gremio. En los hechos, estos comités de lucha emergieron sobre todo por medio de la ejecución de deliberaciones al calor del conflicto. La permanente convocatoria y realización de asambleas en los lugares de empleo, ya fuese por secciones o ya fuese por turno de trabajo, le imprimieron a las protestas una dinámica particular. Esto condujo, producto de la propia lucha de clases, a un grado de mayor radicalidad en las protestas. En este sentido, se desplegaron desde quites de colaboración hasta la ocupación de fábricas con puestas en funcionamiento por parte de sus obreros. De igual modo, los trabajadores (frente a los despidos y los *lock-out* de la patronal) trasladaron espacialmente las medidas de fuerza a la calle por medio de ollas populares, vendiendo bonos contribución para sostener el conflicto, movilizándose a las oficinas de la cartera laboral, a Plaza de Mayo o al Congreso. Por otra parte, dentro de las acciones que se pusieron en práctica, una de las que cobró especial relevancia fue el empleo del fondo de huelga; éste no sólo permitió que las luchas se sostuvieran en el tiempo ante la ofensiva del empresariado y la escasa (o nula ayuda) de los jefes gremiales sino también sirvieron para dar a

conocer los reclamos a otros trabajadores del barrio o del sector. En última instancia, numerosos cuerpos de delegados y activistas buscaron por este medio tanto la solidaridad como la coordinación de acciones con otras fábricas con el fin de que las demandas obtuvieran más fuerza y como forma de superar la inmovilidad impuesta por la burocracia del sindicato. Durante esa coyuntura, la lucha contra el Pacto Social estuvo en íntima relación con los enfrentamientos contra la cúpula laboral, cuestión que fue destacada por todos los protagonistas del período.

Algunos enfrentamientos que lograron vencer la intransigencia empresarial (Propulsora Metalúrgica, Bagley, Indiel, etc.) lo hicieron tras varias semanas de agudos choques contra los jerarcas sindicales, los empresarios y la cartera laboral que actuaron oponiéndose a dichos conflictos. En ocasiones estos triunfos incidieron en el surgimiento de otras luchas en sus adyacencias; por ejemplo, esto sucedió en el área del Gran La Plata tras la huelga de Propulsora, o bien, en la zona norte del Gran Buenos Aires luego del conflicto en el Astillero Astarsa. En forma simultánea, la presencia de activistas, cuerpos de delegados y comisiones internas, que venían con el antecedente de ganar en sus respectivos lugares de trabajo, fueron factores medulares en el proceso de surgimiento de agrupaciones opositoras a los dirigentes burocráticos de esas seccionales y regiones. En ese sentido, las prácticas de asambleas para decidir y ejecutar las medidas de fuerza incidieron en la conciencia de la clase trabajadora a la hora de elegir nuevos representantes laborales tanto en los organismos de base como en las seccionales; en última instancia, evidenciaron la posibilidad de que surjan compañeros honestos y transparentes. Sobre el particular, en metalúrgicos, algunos de los casos más representativos fueron la lista Gris (integrada por trabajadores de Corni, Del Carlo, Tensa, Astarsa, etc. en la zona norte del conurbano bonaerense) o, en La Matanza, la lista Azul-Naranja compuesta por operarios de Martín Amato, Cegelec, MAN, entre otros establecimientos. La única excepción fue el triunfo en el gremio metalúrgico de la lista marrón en Villa Constitución en 1974. Cabe indicar que, en no pocos casos, estos agrupamientos emergieron a raíz de la solidaridad recibida en los momentos de lucha por los diferentes organismos gremiales de base, donde no sólo se intercambiaron saberes y experiencias sobre cómo vencer en un conflicto sino también cómo se tenían que formar direcciones hegemónicas alternativas a las existentes.

Así, al calor de la demanda de mejoras salariales en el marco del pedido de apertura de las paritarias, hubo una reactivación de la conflictividad gremial. En esa coyuntura el sindicalismo y la militancia de izquierda intentaron canalizar el descontento: siendo el conflicto de los trabajadores metalúrgicos en Villa Constitución una de las instancias más importantes de la fusión entre estos sectores. Como se mencionó, en dicha zona, al sur de la provincia de Santa Fe, fue uno de los pocos ámbitos laborales donde un agrupamiento antiburocrático (la Lista Marrón), en donde convergían militantes provenientes de distintas organizaciones de izquierda,

logró un desplazamiento de los jefes sindicales en esos años. Ante ello, la reacción de la burocracia, la patronal y el Estado no se hizo esperar. A partir del 20 de marzo de 1975 se desató una oleada represiva sobre esa localidad con la detención de gran parte de la conducción seccional; no obstante, la clase obrera de la región se lanzó a una feroz huelga enfrentando la represión. A pesar de lo denodado de la lucha, los trabajadores fueron derrotados.

En forma simultánea, la derechización del gobierno también se manifestó con el arribo a la presidencia del ministro de economía Celestino Rodrigo, hombre de confianza de López Rega, quien al asumir en junio de 1975 anunció un “tratamiento de *shock*” con una devaluación del peso en un 100%; un aumento del combustible en 174%, una suba de las tarifas eléctricas de 40%, del gas doméstico en 50% y del transporte ferroviario en un 120%. En el marco de las negociaciones paritarias, donde se ofrecía alrededor del 40% de incremento en los haberes, se produjo una agudización de los conflictos laborales, en ocasiones con ocupaciones de fábrica, y con movilizaciones masivas durante esos meses. Así, en numerosas fábricas de Buenos Aires y su área metropolitana, La Plata, Rosario, Córdoba, entre otras ciudades, se experimentó un fuerte estado asambleario y de agitación con diferentes medidas de fuerza, abandonos de los lugares de trabajo y movilizaciones a los sindicatos de las seccionales locales en reclamo de mejoras salariales. Al calor de esas protestas, numerosas comisiones internas antiburocráticas empezaron a agruparse creando las Coordinadoras de Gremios en Lucha en esas localidades. Estos organismos zonales fueron los que encabezaron y lanzaron las manifestaciones callejeras más importantes contra la mandataria presidencial. Mientras la dirigencia gremial trataba de evitar los enfrentamientos, resguardando la figura de Isabel, miles de trabajadores hicieron abandono de sus puestos de sus fábricas y talleres, dirigiéndose a Plaza de Mayo, con el fin de pedir la renuncia del gabinete y un cambio en las medidas económicas. El 7 de julio, la CGT ante la presión de las bases declaró una huelga general de 48 horas; la primera realizada bajo un gobierno peronista. A treinta y siete horas de iniciada la medida de fuerza, la CGT levantó la misma al conocerse la resolución del Poder Ejecutivo que homologaba las paritarias. El triunfo continuó con las renuncias de Rodrigo y de López Rega.<sup>5</sup>

En pocas palabras, lo más importante de las protestas del período fue el surgimiento de las coordinadoras. Si bien tuvieron una mayor presencia las desarrolladas en Buenos Aires y sus alrededores, también fueron significativas las que emergieron en el Gran La Plata, Rosario y Córdoba. Estas instancias de organización y de enfrentamiento, que nucleaba a comisiones internas, delegados y activistas, fueron en gran medida encabezadas por sectores de izquierda opuestos a la dirigencia burocrática de esos gremios. En término de experiencia, sus principales características

<sup>5</sup> Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *Los Setentistas. Izquierda y clase obrera (1969–1976)*, Buenos Aires, EUDEBA, 2000.

fueron tanto su democracia obrera como su alto nivel de combatividad y de organización.

Tras la caída de Rodrigo y de López Rega, la dirigencia tradicional accedió a un mayor control del gabinete presidencial, ubicando a Antonio Cafiero como ministro de economía. Si bien su gestión se encaminó en tratar de descomprimir la protesta a través de una indexación general (y gradual) de los salarios y de los precios, su táctica no alcanzó a satisfacer a los sectores más concentrados de la clase dominante. Estos, a partir de las jornadas de junio y julio, comenzaron a instrumentar la posibilidad de efectuar un golpe de estado como solución definitiva para aplastar todo tipo de oposición obrera. De ese modo, su gestión, con no pocos altibajos, continuó hasta enero de 1976 cuando renunció siendo reemplazado por Emilio Mondelli, financista partidario del regreso a una mirada ortodoxa en materia económica. En tanto, lentamente durante esos meses, la conflictividad laboral fue disminuyendo al calor de la intensa represión legal e ilegal (que acarreó numerosos trabajadores muertos) junto con el cansancio que se expresó en el activismo obrero y en la militancia partidaria de las organizaciones de izquierda y de los sectores radicalizados del peronismo.

### **Las corrientes de izquierda en esos años: las posturas del Partido Comunista**

En ese sentido, una de las particularidades más significativas de estas protestas fue la importante presencia de trabajadores que militaban, o bien, simpatizaban con distintas organizaciones de izquierda. Su intervención en estos procesos no sólo era en razón de los propios conflictos sino que centralmente buscaron formar agrupamientos antiburocráticos sindicales tanto en el plano fabril como a nivel seccional. En forma clara, durante esos años hubo una notable recepción y aceptación de las ideas de esta corriente ideológica dentro de la clase obrera, tal como se expresó en diversas fuerzas políticas que abogaron abiertamente por el socialismo.

Ahora bien, en esos años hubo diferentes agrupamientos identificados con ese arco político e ideológico. La mayoría de las organizaciones de izquierda crecieron en términos numéricos a partir de 1969; asimismo, el alza en la conflictividad social hizo que se cruzaran diversas discusiones en cuanto a las tácticas y las estrategias a seguir frente a esos acontecimientos. Las polémicas en el seno de la izquierda se basaron, sobre todo, en una práctica militante intensa, donde por la propia dinámica de los hechos, numerosos debates tuvieron escasa correspondencia entre la teoría y la práctica. Asimismo, al compás de la coyuntura, algunos grupos fueron cambiando la lectura de la situación política junto con las formas de intervención en la lucha de clases.

En términos generales, el PC mantuvo durante esos años el planteo de la necesidad de luchar por una “revolución democrático-burguesa” impulsando para ello “la unidad de acción” de un “gran frente democrático nacional” que incluyese a “las fuerzas patrióticas, antioligárquicas y antiimperialistas”.<sup>6</sup> De ese modo, tendió a aliarse con distintos sectores reformistas para apuntalar a una mayor radicalización del peronismo; así, para las elecciones de marzo de 1973 conformó con otras fuerzas de centroizquierda la Alianza Popular Revolucionaria (APR) postulando la fórmula de Oscar Alende y Horacio Sueldo. Si bien el resultado no fue lo esperado, los comunistas sólo incorporaron dos diputados nacionales en el Parlamento además de lograr una valiosa representación en los gabinetes presidenciales peronistas con la presencia de José Ber Gelbard como ministro de economía. En ese contexto, para las elecciones presidenciales de septiembre de ese año, la postura fue la de no presentar una candidatura para el Poder Ejecutivo Nacional sino que fue la de avalar directamente la fórmula encabezada por Perón y su señora.

En ese marco, a grandes rasgos, el partido mantuvo como principios políticos la postura de “apoyar lo positivo” y “criticar lo negativo” de esos gobiernos. En forma simultánea, mantuvo una fuerte crítica con aquellas organizaciones (tanto las peronistas como la de la izquierda marxista) que planteaban la lucha armada, acusándolos de ser grupos “ultraizquierdistas”. Durante los primeros meses de la presidencia de Isabel, se respaldó lo que consideraron el ala progresista del gobierno, la cual era vista como el sector que garantizaba el programa de liberación nacional por el cual se había apoyado en 1973; a la par, denunciaba que “la violencia” no era originaria de un “solo bando”. Sin embargo, como producto de los cambios en el gabinete y el incremento de la crisis económica y política, los comunistas comenzaron a propiciar como fórmula preventiva ante un posible golpe de estado, la propuesta de conformar un “gabinete cívico-militar”.<sup>7</sup>

De ese modo, esta posición también estuvo acompañada por una fuerte moderación de sus intervenciones en las luchas gremiales; en cierta forma, consideraban que había que amortiguar las críticas hacia Isabel en el desarrollo de las protestas (en particular, durante las jornadas de junio y julio de 1975) evitando plantear un programa demasiado radical que ahuyentara a los sectores “democráticos” de las Fuerzas Armadas.

En cuanto a otras corrientes de izquierda no armada, tanto las organizaciones que compartían una ideología maoísta como el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y Vanguardia Comunista (VC) o como las que adherían al trotskismo como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y Política Obrera (PO), sus posturas no sólo difirieron de las sostenidas por el PC sino que también de aquellas partida-

<sup>6</sup> Vitorio Codovilla, *Una trayectoria consecvente*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1964.

<sup>7</sup> Partido Comunista, *Resoluciones y Declaraciones del Partido Comunista de la Argentina 1975*, Anteo, Buenos Aires, 1976.

rias de la lucha armada como la del Partido Revolucionario de los Trabajadores — Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Si bien todos estos agrupamientos privilegiaron la militancia y la inserción dentro de la clase obrera, sus posiciones frente a las elecciones de 1973, a las presidencias peronistas (y al propio movimiento justicialista), a las movilizaciones de junio y julio de 1975 y a la preparación frente al anunciado golpe militar, entre otros temas, discreparon en forma significativa. Ahora bien, esta última cuestión no fue un problema menor en esos días. En términos generales, la mayor parte de las organizaciones de izquierda no previeron y, por ende, no prepararon a sus militantes sobre la forma de cómo enfrentar la nueva interrupción institucional que se avecinaba desde fines de 1975.

### A modo de una breve conclusión

Durante el período examinado la izquierda creció en número, avanzó en experiencia y, sobre todo, profundizó sus vínculos con la clase obrera como no se observaba desde la década de 1930. No se puede comprender el nacimiento del clasismo, el estado asambleario en las fábricas, el crecimiento y la dureza de los enfrentamientos laborales, las ocupaciones fabriles, la coordinación de las luchas, la politización de los trabajadores, la impugnación a los gobiernos peronistas, entre otras cuestiones, sino se entiende la presencia que adquirió esta corriente política en esos años.

Tanto la presidencia de Perón como la de Isabel comprendieron este proceso y como tal respondieron adoptando medidas con un claro sesgo autoritario, ya fuese contra los sectores rebeldes de su movimiento como frente al avance de las corrientes clasistas y de izquierda en la clase obrera. Sus gobiernos se encontraron cada vez más comprometidos en el uso de aparatos ilegales para su contención y represión. Estos meses se convirtieron en una prueba piloto que anticiparon ciertas características que se hallarán presentes bajo los siguientes años de la dictadura militar.

#### Bibliografía

1. Rodolfo Terragno, *Los 400 días de Perón*, Buenos Aires, De la Flor, 1974.
2. Alejandro Schneider, “Cuando se hizo tronar el escarmiento. La política laboral de Juan D. Perón para disciplinar el movimiento obrero” en Alejandro Schneider y Pablo Ghigliani (Comp.), *Sobre trabajadores y el mundo del trabajo en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2015.
3. Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *Los Setentistas. Izquierda y clase obrera (1969–1976)*, Buenos Aires, EUDEBA, 2000.
4. Vitorio Codovilla, *Una trayectoria consecuente*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1964.
5. Partido Comunista, *Resoluciones y Declaraciones del Partido Comunista de la Argentina 1975*, Anteo, Buenos Aires, 1976.